

Quispe me había explicado que el hombre piensa mejor, de modo más claro y profundo, cuando camina solo. Porque es más vulnerable, porque está desnudo.

Vi un avión cruzar el cielo a lo lejos.

–Es increíble que algo así levante vuelo –dije sin querer.

–¡Qué comentario estúpido! –era el Mono.

Yo había descubierto que en el Mono combatían dos ánimos. Uno prudente y censor, el otro violento y censor. Creo que las cervezas marcaban el cambio de un ánimo a otro. Quizá porque también al Mono le gustaba hablar sobre las cosas que observaba, venía a sentarse algunas tardes con nosotros al bar de paredes amarillas. Los comentarios de Quispe sobre las mujeres lo irritaban. Pero las excusas del Mono para la mujer argentina o boliviana cesaban muchas veces con la cuarta o con la quinta Quilmes. Allí decía las cosas más impresionantes que sobre una mujer oí decir a un varón. Cuando esa mañana me atenazó el hombro y puso cara de “te voy a decir algo muy serio”, yo me puse a contar los envases vacíos:

–Hay un complot en contra de la mujer, ¿sabés? Si te fijás bien, en los supermercados, en **TODOS** los supermercados,

empaquetan la carne con una especie de toallita femenina que está debajo. Para nuestra desgracia está siempre, SIEMPRE –acá el Mono gritó con voz un poco ronca– manchada de sangre: el olor es horrible. ¿Hay algo más espeluznante para un pobre hombre que solo quiere comer un pedazo de carne que encontrarse con ese elemento que nos recuerda al bello sexo? Si se pudiera hacer que el hombre nazca de nuevo, que no nazca de mujer.

Llegó Quispe y al ver al Mono el contorno de sus ojos se encrespó.

–Qué haces aquí, muchacho, ¿has olvidado Alasitas?
–me preguntó con furia e ignorando al argentino.

–Espero el día de Alasitas desde hace veintitrés días, Quispe.

–Entonces vayamos ya pues, que son las once, y nos aguarda Estefi.

Solo en Potosí pude ver tantas paisanas y paisanos festejando el día del Ekeko como ese día en el parque que llaman “Indoamericano”. Puestos ambulantes, comidas quemantes, sabrosas, y grasosas, y las miniaturas que vendían, de todo tipo. Dólares, euros, pesos. Muchos DNI argentinos y pasaportes. Puestos de feria con habilitación y otros, más baratos, sin habilitación. Una invitación, firmada ante notario, para vivir en Madrid. El que invitaba firmaba “Víctor García de la Concha”. Pensé un momento en el Mono, pero aparté el pensamiento. Los olores que venían de las ollas me hacían acordar a los de la gente, al sudor, y me gustaba. Lo mismo la chicha y la cerveza. De arriba de un escenario salía una música estridente, los parlantes eran enormes.

–A esto nos condena la tecnología –dijo Quispe, y señaló una vez y otra los parlantes y al gordo ebrio que animaba.

Junto al escenario, en una carpa, se agrupaban algunos fotógrafos y periodistas que habían sido invitados por los organizadores. Les llevaban comida, que no les gustaba, y cervezas.

Yo me había preparado mucho. Días atrás (¿pero cuántos, por Dios!, ¿veintitrés, veinticuatro?), me había hecho un meticuloso programa de actividades, que no abandonaba nada al azar. A las cinco y media de la tarde había comido un fricasé, un chicharrón, el picante de pollo que compartí con Pedro, una sopa chairo, un sándwich de chola y dos salteñas.

—¡Pero cómo come este cristiano! —dijo Beto, un policía argentino que siempre se reía.

Una periodista de un diario argentino, joven y de pelo corto teñido de rojo (“No digas el nombre de ese diario, muchacho, tendrás problemas”, me miró a los ojos el Quispe), que había sido invitada a bailar, a comer, a beber, gritaba en ese momento, visiblemente ebria y a los llantos, “¡Llamen a mi marido, llamen a mi marido!”. Nadie sabía cómo, así que ella se puso a probar con su celular. Ancianas bolivianas querían consolarla. Continuaba llorando la periodista, intentando ubicar a su marido, emitiendo alaridos desconcertantes:

—¡En el diario son unos hijos de puta!

Oí de pronto gritos todavía más fuertes, también de una mujer, o de varias. Dos grupos de jóvenes, a lo lejos, se batían en una riña, y ahora volaban sillas de plástico.

—¡Seguridad, POR FAVOR! ¡Dónde está LA SEGURIDAD!
—decía una mujer con polleras mientras se rascaba debajo del sombrero con una uña larga y bien formada.

Recién en ese momento supe que Antonin, el que estaba sentado a la mesa, era el encargado de la seguridad. Parecía no importarle nada la pelea, y me contaba:

–Estuve en la selva del Beni, solo, en el ejército, la cuadrilla me había abandonado. Llevaba conmigo un puñadito de sal, y nada más. Ahí fue cuando se paró frente a mí un tigre. Nunca debes huir de un tigre, oye. NUNCA. Así que le miré al tigre sus dos ojángos.

Antonin, que usaba una gorra de béisbol de Oriente Petrolero, se alejó de la mesa y se puso a caminar como si estuviera en un pantano, con los hombros hacia arriba y la mirada de loco.

–Así, ven, tigre sucio y maloliente. –Antonin miró a un niño de otra mesa: el niño rompió en llanto.

–Lo miré de nuevo a los ojos. –Ahora Antonin me mira a mí.

–Es la selva, es la lucha por la supervivencia. Hay que hacerse de hierro, qué digo, de fierro.

El hombre relaja el gesto de la cara:

–Pero los collas no son tigres –dice, se sienta y traga la cerveza de un sorbo.

–Ah, quiero una Ducal. Una Ducal en un bar de la Monse. La avenida de las Hadas. No falta ninguna: abandonadas, divorciadas, separadas, peleadas. Qué mujeres.

Yo pensé en la calle Monseñor, en mujeres pintadas, bebiendo café, mordisqueando cuñapés. Él se olvidó de Santa Cruz, volvió a la selva, y saltó nuevamente de la silla:

–Mi mirada lo decía todo: ¿Quieres que te saque la mugre, tigre, QUIERES QUE TE SAQUE LA MUGRE? El tigre me miró a los ojos, se agazapó. ¿Y qué hace?

Ahí Antonin soltó una carcajada de maniático:

–Baaaaja su vista de a poquingo, baaaaja sus ojangos, así, así, y el felino se perdió en la jungla.

Era graciosa la forma en que fruncía la frente Antonin observando con desafío el tumulto de gente golpeándose y las sillas que volaban.

–¿Crees tú que a mí me van a dar miedo estos cristianos?

Reía y seguía mirando la riña entre los dos grupos de jóvenes, sin molestarse en intervenir. Al final, se encaminó a grandes zancadas hacia la pelea. Yo lo seguí.

Una multitud quería separar a los dos chicos. Antonin, que decía ser cruceño (pero no parecía cruceño: callé, a lo mejor era solo camba), quiso llegar hasta uno de ellos. No pudo, los otros no lo dejaban. Trató de nuevo, esta vez con más fuerza; cuando llegó hasta donde estaban agarró a uno de los combatientes del cuello. Pero el joven se lo quitó de encima como si no le costara nada, y le tiró un golpe en la oreja. El cruceño primero gritó y después cayó sin decir palabra. Los jóvenes se enredaron de nuevo y se abrazaron del cuello, uno a otro.

Las mujeres gritaban “seguridad”, “seguridad, POR DIOS”. El cruceño seguía en el suelo, ahora sí blanco, sin moverse. Yo era el único que se acordaba de él. Cuando se

levantó, las miró con asco y en silencio y volvió a su mesa.
De su oreja brotaba sangre.

–Estos cristianos no me dan miedo. Por mí, que se maten
entre ellos.

Avanzaba la tarde. Progresaban el calor y el caos.

Más tarde preguntaron por él.

–¿Y el seguridad?

–Roncando, a pierna suelta.

Los payasos tenían overoles amarillos ajustados, con el nombre de Western Union a la altura del corazón. Estaban contentos. Me parecía raro: cada vez hacía más calor en el parque Avellaneda debajo del sol y esos overoles eran de tela gruesa.

Al principio nadie les prestó atención. Ni siquiera se habían dado cuenta de que eran payasos. Pensaban que eran empleados o promotores, como los que repartían volantes, vestidos para atraer mujeres solas, mientras los maridos no miraban. Me molestaba que, en ese parque, Alasitas estuviera custodiada por el Señor de las Remesas.

De pronto, empezaron a jugar tirándose naranjas. Se les cayeron, y se rieron fuerte. Se burlaban de uno, al que se le habían caído primero, como si todo estuviera preparado. Le tiraron todas las naranjas a la cara, él se fastidió, la gente hacía poco caso.

Después se pusieron de nuevo a un costado y dejaron las naranjas en el piso.

—Estos bolivianos están tan explotados que no pueden seguir el número de acrobacia. No prestan atención. Mejor, vamos ya con la obra.

Ahí los payasos empezaron con el teatro. Eran actores de una compañía. Los anunciaron por el altoparlante:

–Son universitarios, estudiantes de teatro, el futuro del país.

Los coordinadores del Gobierno de la Ciudad hicieron que los músicos bolivianos se callaran y dejaran de tocar, y entonces la gente empezó a mirar a los actores payasos.

La obra era larga. Los actores hacían gestos, hablaban alto y repetían dos veces cada cosa que decían.

En primera fila, dos paisanos miraban, y conversaban en aymara:

–Pobres, lo que tienen que hacer para llevar el pan.

–Es que no saben trabajar.

Los actores se acercaron y los chistaron.

–¿No les gusta?

Los paisanos se callaron y aplaudieron.

Al volver al parque Indoamericano, había mucha más gente.

–No vayas allí, ¿entiendes? NO vayas –me había dicho en el Avellaneda la periodista de la radio La Pléyade–. Allí no hay folklore como aquí –y me señalaba a una pareja, que movía los pañuelos blancos con energía y doblaba la cintura mientras bailaba una cueca tarijeña–, allí solo hay cumbia, música CHICHA. Como La Paz está tan cerca de Perú, a veces nos influncian. –Ella era paceña.

De uno de los altoparlantes del Indoamericano salía el estribillo de la cueca “Potosí”:

*Hasta los indiferentes
Ahí se inclinan reverentes.*

Hacia mí venía un grupo de muchachos de mi edad. Uno estaba en cueros y tenía tatuado en la espalda con todos los colores el escudo nacional. Se adelantó, y se arrojó delante de mí, con una cerveza en la mano, mientras coreaba el estribillo. Fue ahí que le vi el escudo, cuando

se inclinó. Los demás miraban, y me miraban. Me dieron ganas de pedirle un trago de cerveza. No tuve que hacerlo: él me dio. Se llamaba Juan, pero le decían Wilson.